

Jesús, ¿mi Señor o un mendigo?

Por el Dr. Jim Lo

He tenido que estar en muchos países del mundo. En muchos de estos lugares, me he encontrado entre mendigos o pordioseros.

En África, los mendigos más decididos se congregan en las zonas de parqueo y esperan la llegada de los automóviles que entran en busca de un sitio. Al ver un vehículo, los mendigos lo rodean como hormigas en busca de algún pedacito sobrado y comienzan con voces quejumbrosas, escalofriantes, a pedir limosna con las manos extendidas como copas para recibir algo. Otros, menos motivados, simplemente se sientan apoyándose contra el muro de algún edificio y esperan pasivamente que alguien eche unos centavos en la taza que tienen en las manos flacas y sucias.

En Camboya, la escena de los mendigos es más conmovedora. Con la presencia de miles de minas terrestres todavía escondidas en los arrozales, el número de camboyanos mutilados sigue aumentándose. Nunca se acostumbra uno a ver a las personas sin los dos brazos o las dos piernas, o aún sin la cara. En los mercados al aire libre, la aglomeración de los mutilados se ve todos los días. Sin vergüenza o disculpa, rodean cada día a los compradores diarios, usando un muñón donde antes había un brazo, para tocar a los compradores y pedir dinero.

Algunas de las mujeres mendigantes llevan en los brazos niñitos inocentes que semejan a esqueletos envueltos en piel delgada, transparente. Cargando en los brazos a su niño casi muerto, estas mujeres andan por las calles pidiendo que alguna persona compasiva les dé unas monedas para comprar un poco de alimento para su hijito moribundo. Ver a un niño mal nutrido debe tocar el corazón, pero en los países donde ver a los mendigos es tan común, se puede endurecer el corazón con respecto a tales personas y sus necesidades. Esta insensibilidad y hasta cinismo hacia los mendigos se refleja muchas veces en comentarios como “Son unos perezosos. Si en verdad quisieran, podrían trabajar.” O, “Son mendigos profesionales, no más. Oigo decir que mendigan porque así ganan más dinero que si trabajaran con un empleo verdadero.”

Una persona me aconsejó, “Jim, si tú vas a sobrevivir en este país, déjame decirte cómo debes tratar a estos mendigos repugnantes.” Procedió ofreciéndome las pautas siguientes: “Yo no les hago caso. Pero si te sientes que tienes que relacionarte de algún modo con ellos, que tu interacción sea breve, y no les dé ni la más mínima impresión de que sientes compasión alguna. Si crees que debes darles algo, recuerda que nunca debe darles mucho. Si les das más que unos centavos, estarás perpetuando su dependencia y su pereza.”

En otras palabras, me estaba instruyendo a tratar a los mendigos como molestos y fastidiosos. Me aconsejaba que no les hiciera caso si interrumpían mi horario o mi agenda.

Reflexionar sobre esto me ha hecho preguntarme: ¿A veces, trato a Jesús como un mendigo, aun cuando digo que él es mi Rey y mi Señor? ¿Cuántas veces he hecho declaraciones que reflejan mi aburrimiento con Jesucristo? Un día durante el semestre cuando tenía demasiado que hacer, me encontré diciéndole, “Señor, estoy tan inundado con el trabajo que no puedo pasar tiempo contigo hoy. Mi horario es loco. No me da tiempo alguno para pasar tiempo contigo, ni leer tu palabra, ni tener comunión contigo con la oración.”

Hace tiempo, uno de mis estudiantes quien, se suponía, estaba preparándose para el sagrado ministerio, me dijo, “Puesto que Dios es un Dios de amor, estoy seguro que él comprende por qué no asisto a la iglesia. Los domingos son el único tiempo que tengo para descansar después de un horario frenético de estudios.”

Una persona que asistía a la iglesia, aburrida con su pastor, me expresó sus quejas: “Mi pastor siempre nos está empujando a involucrarnos en algún ministerio. Predica que los cristianos han de ser siervos. Sus mensajes acerca del servir me enojan más cada semana. “¡Voy a la iglesia para ser servida... no para que me digan que yo debo servir!”

Me gusta cómo un africano describió la santidad. Dijo, “La santidad es reconocer que Jesucristo ha de recibir toda nuestra atención, nuestro amor y nuestra obediencia... y no las sobras.” Como cristianos, tenemos que recordar que Dios es el Señor, y no es un mendigo de quien se puede hacer caso omiso.

Jim Lo ha sido misionero en África y Camboya
y profesor de estudios inter-culturales
en Indiana Wesleyan University.

“The Wesleyan Advocate”, diciembre 2003. Usado con permiso.